

REVISTA DE ARTE

Publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile

AÑO II

□

1936

□

NÚM. 11

UN SIGLO DE ARTE EN LA ARGENTINA

BAJO el rótulo de «Un Siglo de Arte en la Argentina» se ha inaugurado en el «Palais de Glace» de Buenos Aires—sede de la Dirección Nacional de Bellas Artes—una importantísima muestra de la producción plástica de ese país, reuniendo casi todo lo realizado por artistas argentinos, o extranjeros residentes, fallecidos entre 1800 y la fecha.

Creemos que es la primera vez en Sudamérica, que se realiza un esfuerzo de la magnitud del que nos ocupa. Y sus resultados demuestran que aquello que se intentara como un ensayo siempre plausible, de afirmación artística americana, constituye en verdad, la feliz comprobación de la existencia de un acervo nativo, paralelo al caudal de influencia extranjera, cuyo aporte valioso fundamenta los orígenes del arte nacional.



«Un alto en el campo» por Prilidiano Pueyrredón (1823-1870)



«El lego J. Zemboraín» por Angelo Campone (1805)

Muchas son las enseñanzas que esa gran exposición ha de brindarnos. Y de ellas, no es la menos interesante la que permite creer en la posibilidad de encarar seriamente la cuestión de un arte netamente sudamericano, arraigado, no ya en las poderosas corrientes del Viejo Mundo, sino en el primitivo influjo de la tierra y de las antiguas civilizaciones del continente.

En cuanto al significado de la muestra—dentro de las fronteras de la nacionalidad—una verdad surge incontrovertible y aleccionadora: el apogeo de las artes plásticas argentinas, en su breve historia, debe ser ubicado en el transcurso de los años 1830 al 60.

Ello no quiere decir que nuestro arte decline desde aquellos años hacia nosotros. Pero sí, que simultáneamente con la crisis artística europea (nos referimos a valores plásticos), también en América vivimos instantes de caótica indecisión o, más precisamente, de «indefinición» conceptual.

Lo antedicho puede que exija una explicación, que, a falta del elemento objetivo—fundamental en este caso—intentaremos en los breves párrafos siguientes.

Con posterioridad a Carlos Morel (1813-1898) el arte argentino no ha producido un paisajista y pintor de costumbres que pueda comparársele, si descontamos algunos pocos de sus propios contemporáneos—argentinos o extranjeros—tales como Carlos E. Pellegrini (1800-1875), Mauricio Rugendas (1802-1858), J León Palliere (1827-1887) y Prilidiano Pueyrredón (1823-1870).

Del mismo modo, tampoco ha aparecido el retratista que desaloje a este último, de su destacada posición en tan difícil género.

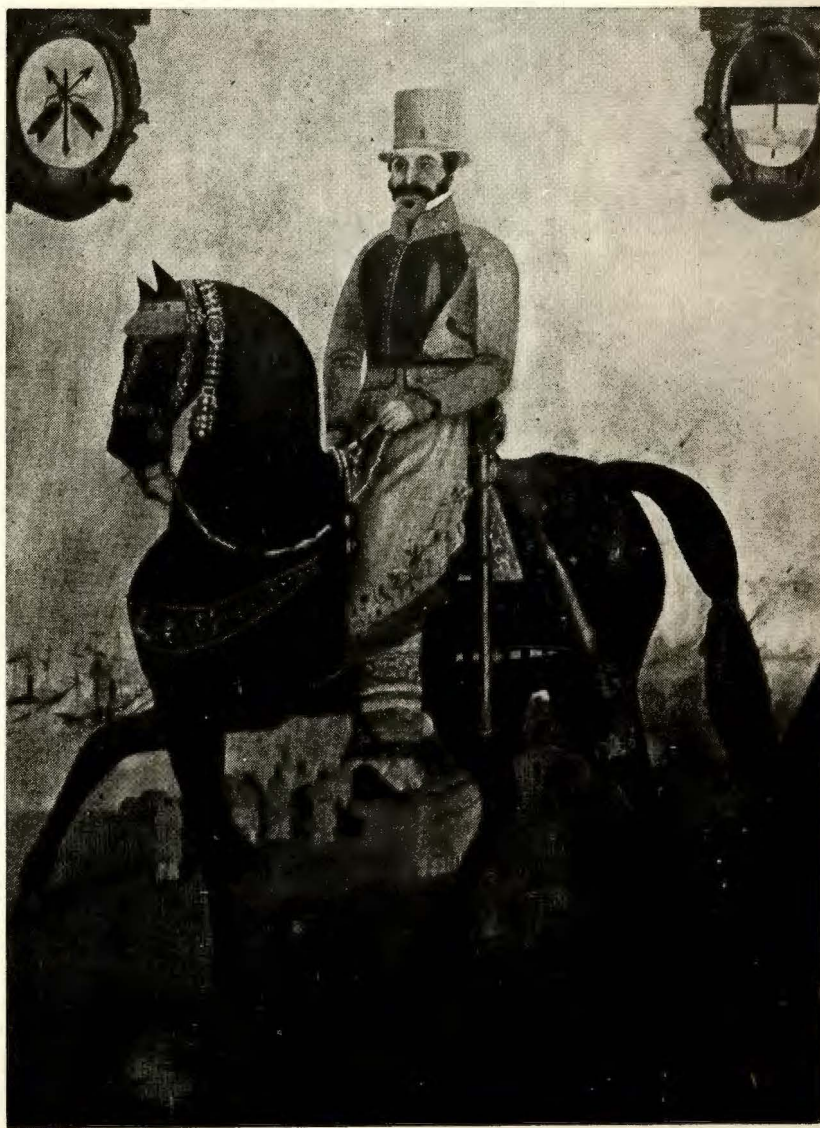
Profundizando más, podríamos llegar a la conclusión de que, hasta el voluminismo y el ingenuismo que preconizan con su obra muchos de nuestros plásticos actuales, también tuvo por los años 1850 al 69, artistas que

—siendo intrínsecamente sinceros—nos dieron honestas y admirables expresiones gráficas de tendencias más o menos semejantes. ¿No lo demuestran así el «Retrato del Coronel Santa Coloma» por Revol y «El Fuerte de Buenos Aires» por Villegas?

Muchas reflexiones sugiere la muestra que comentamos, aparte de aquello tan sobado de que «nada nuevo hay bajo el sol». Todos los «ismos» en boga—desde el clasicismo a las últimas manifestaciones más o menos «superrealistas»—penden de las paredes del «Palais de Glace», a través de «Un siglo de Arte en la Argentina»: romanticismo, exotismo, decorativismo, impresionismo. Y, desde luego, no faltan los que responden a las meras recetas técnicas, del divisionismo, el puntillismo, o cualquier otro «virtuosismo» preciosista. Pero es evidente que en casi todas las obras expuestas, descontando las naturales diferencias conceptuales, temperamentales y técnicas, prima una buena fe artística, una honestidad, que no es dable admirar comúnmente en las producciones contemporáneas.

En tan reducido espacio de tiempo (recordemos que en un mismo lapso, en Francia o Italia, existe una modalidad que da la síntesis del siglo), se desarrolla un proceso que, partiendo de un ingenuismo primitivista, llega hasta la más avanzadas concepciones, siendo rara la presencia de algún «retardado», que a destiempo, cultiva un arte teóricamente anterior a su generación.

Se advierte la inquietud, tan zarandeada ahora con propósitos inexplicables, y el laudable afán de superar lo realizado. Se nota un impulso hacia el porvenir. Pero—y ello es importante—no se adocenán los artistas ni se «standardizan» las obras. Cada uno busca «sus» posibilidades, sin recurrir al fruto del cercado ajeno. No se pide prestada una receta para interpretar un asunto a la manera de Fulano de Tal.



«El Coronel Santa Coloma» por C. Revol
residente en la Argentina hacia 1847.



«Carga de caballería del ejército Federal», por Carlos Morel, 1813-1894

«Un Siglo de Arte en la Argentina» — país joven, sano, vigoroso — es una lección muy grande y digna de ser considerada por nuestros cultores de las artes plásticas y por los que tienen la responsabilidad de la enseñanza.

Así lo ha entendido la Dirección Nacional de Bellas Artes, al solicitar el concurso de prestigiosos críticos e historiógrafos de arte, para realizar un ciclo de conferencias,

cuyos temas estarán vinculados, naturalmente, al período comprendido por la muestra. Nombres como los de José León Pagano, Atilio Chiáppori y Fernán Félix de Amador, certifican la enjundia de esas disertaciones.

Desde Angelo Campone — quien residió en la Argentina hacia 1805 — hasta el joven pintor Angel Cairolí, fallecido prematura y trágicamente el año pasado, cien artistas jalonan otros tantos años de búsquedas en los

campos, casi inaccesibles de la belleza prístina, permanente, original.

Seis museos y ciento veintiún coleccionistas hicieron posible la realización del gran certamen, contribuyendo con las obras de su propiedad.

La Comisión Organizadora, formada por los señores Atilio Chiáppori, Alejandro Christophersen, Alejo B. González Garaño, Alfredo González Garaño, Alfredo Guido,

Enrique de Larrañaga, Gonzalo Leguizamón Pondal, Carlos López Buchardo, José A. Merediz, Alberto Prando, Ernesto Riccio y Augusto da Rocha, fué designada por la Dirección Nacional de Bellas Artes, contando con el alto auspicio del Presidente de la Nación y del Ministro de Instrucción Pública.

Augusto da Rocha
Secretario del Museo Nacional
de Bellas Artes.



Retrato, por Prilidiano Puyrredón

1823-1870